

IGLESIA DEL ESPÍRITU SANTO, EN MADRID

Miguel Fisac, Arquitecto

La iglesia del Espíritu Santo ha sido edificada por el Ministerio de Educación Nacional para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se quiere que esta iglesia sea, en primer término, como supremo símbolo de que toda la empresa investigadora española se inspire en el afán cristiano de servir a Dios y con él a la Verdad y al Bien y, en segundo lugar, que sea como el hogar espiritual de todos los investigadores españoles y extranjeros que trabajan en este organismo.

La iglesia es de una sola nave. Su planta está inspirada en otras de abolengo tradicional español, que resuelven plenamente y mejor que cualquier otra el problema en iglesias pequeñas. Es la planta de muchas iglesias visigóticas y de casi todas las mozárabes: de Santa María de Melgue, de San Miguel de Escalada, de Santo Tomás de las Hollas, etc., etc.; ábside en forma de herradura y nave basilical.

No existe crucero, y la cúpula se alza sobre el altar destacándolo exterior e interiormente como el punto noble del templo. Esta idea de colocar la cúpula sobre el altar es el seguido en muchos templos románicos. Es la disposición que tiene el altar de la Confesión de San Pedro de Roma, y, en España, entre otros ejemplos, se pueden citar el de la Catedral de Granada y el proyecto primitivo de la Catedral de Valladolid.

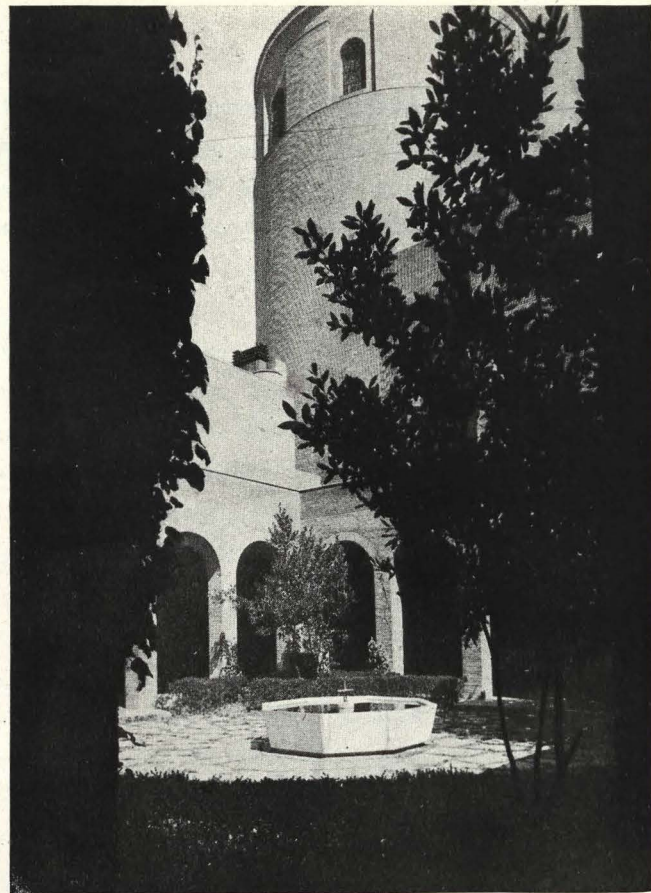
La nave tiene veintiún metros de largo y catorce de anchura, y está cubierta por tres bóvedas vaídas, siendo su altura de dieciocho metros.

El ábside es cilíndrico, de catorce metros de diámetro, cubierto por una cúpula sin linterna, de una altura total interior de treinta y un metros. El paso de la superficie cilíndrica del ábside a la rectangular del resto del templo se hace por medio de dos pechinas apoyadas en un arco triunfal, que une el ábside y la nave de la iglesia.

El funcionalismo es una cualidad indispensable a la arquitectura. Pero el funcionalismo arquitectónico de una iglesia no puede ser un funcionalismo mecánico o físico exclusivamente, sino muy principalmente un funcionalismo espiritual: que la arquitectura y todas las demás artes que decoran y ornamentan el templo no distraigan, sino, al contrario, consigan un ambiente propicio al recogimiento y a la oración.

Tres factores se han hecho converger en esta intención de conseguir un ambiente espiritual: la luz, la ordenación general del color de todos los elementos principales y accesorios de la iglesia y, por último, la relación entre los módulos abstractos de la arquitectura y el módulo humano.

La luz se ha estudiado de forma que el ábside esté fuertemente iluminado con una luz dorada, conseguida por una coloración pertinente de las diez vidrieras de la cúpula. En el resto del templo, la iluminación se hace por medio de seis ventanas y un gran ojo



Vista del ábside desde el claustro.



Conjunto exterior de la iglesia.

Otro punto de vista del ábside desde los jardines de la plaza del Consejo.



de buey con vidrieras entonadas en colores fríos. Esta iluminación de la iglesia es la estrictamente necesaria para poder leer con comodidad, pero sin que esa luz moleste al recogimiento que debe tener el templo.

La ordenación del color en el ábside en pavimento, paramentos, ordenación apilastrada y pinturas es en rojo, que, por otra parte, es el color que la Liturgia dedica al Espíritu Santo. En el resto de la iglesia, pavimentos, paredes, pilastras y pinturas de bóvedas, están entonados en gris, que con la iluminación azulada que recibe queda fuertemente destacada del ábside.

Las proporciones clásicas son un canon de belleza eterno. Prescindir caprichosamente de ellas es prescindir del elemento principal de belleza en arquitectura. Pero, por otra parte, hay unas necesidades y un módulo humano que no se puede olvidar en todo aquello que tiene que usar directamente el hombre. En muchos casos se ha resuelto este problema del paso de la escala abstracta arquitectónica a la concreta humana, por tránsito

sucesivo a ordenaciones más pequeñas, hasta conseguir que alguna pudiera ser aprovechada por el hombre, tanto para entradas como para otros usos. Pero esta mixtificación del problema crea, lógicamente, una confusión visual que hace que no nos demos cuenta de las verdaderas magnitudes, magnitudes con respecto al hombre, que tienen estas piezas arquitectónicas, siendo, en general, causa de un empequeñecimiento aparente de tamaño. Pues bien; si a la abstracta proporción de belleza del módulo clásico se superpone el módulo humano, pero sin enlace, con la única armónica conjugación de la proporcionalidad, se presenta con toda claridad el contraste entre el tamaño de la edificación y el humano. En una palabra, se consigue dar una idea óptica real de la verdadera magnitud.

Siguiendo este criterio es como se ha tratado en este caso el altar, las puertas, los asientos, las balaustradas, etcétera, con absoluta independencia de la ordenación arquitectónica general de la iglesia.



La cúpula del ábside.

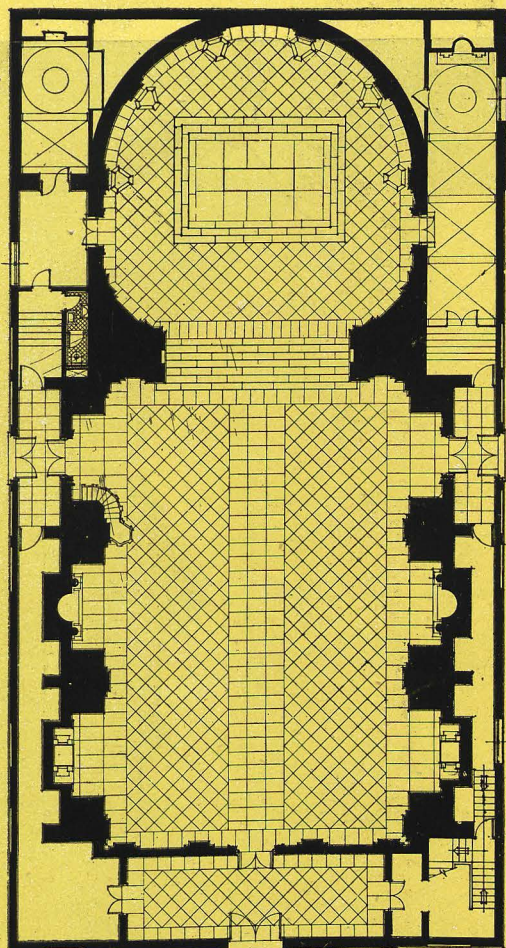
En cuanto a la disposición y jerarquía de los diversos elementos, se ha seguido con la mayor fidelidad las prescripciones ordenadas por la Liturgia.

La escultura y la pintura están tratadas en íntima unión con la arquitectura, para conseguir una unidad de conjunto, tanto de composición como de color.

De la escultura, toda ella ejecutada por Adsuara, destaca en el ábside, como una nota suave de contraste, un tríptico de relieves en mármol blanco ligeramente patinado por ráfagas áureas. Representa el relieve del centro la Creación, y los de los lados, la Anunciación y el Bautismo de Cristo. El frontal del altar es un relieve

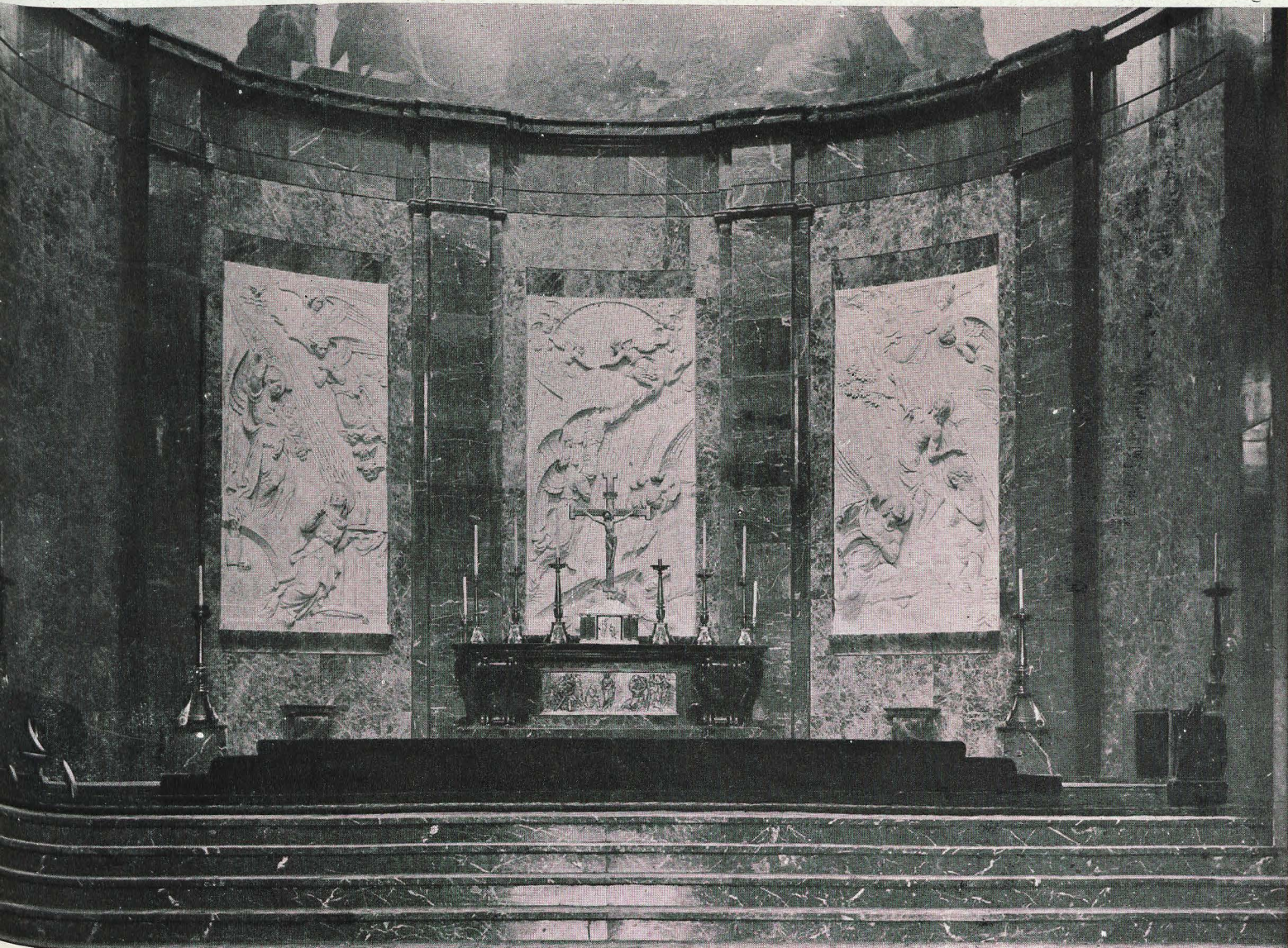
en bronce, dorado a fuego, de la aparición de Jesús resucitado a sus discípulos, y, del mismo artista, es el relieve de Jesús y el Centurión de la puerta del Sagrario, también en bronce dorado. Completa la parte de escultura los relieves en nogal de los evangelistas, en las caras laterales del púlpito, y los relieves que representan la parábola del «Hijo pródigo» y el martirio de San Juan Nepomuceno, que se colocarán en la parte superior de los confesonarios. Las imágenes de San Isidoro y San Alberto Magno, patronos del Consejo, están situadas en hornacinas laterales.

La pintura, toda ella ejecutada al fresco por don Ra-



món Stolz, remata la ordenación arquitectónica del ábside con una gran composición de la venida del Espíritu Santo, entonada, como todo este ábside, en colores xánticos. En las tres bóvedas de la nave están pintadas: en la primera, dos composiciones que representan la Conversión de la Magdalena y la parábola del «Buen Samaritano», la presentación en el templo y la serpiente de bronce de Moisés, en la bóveda central, y el bautismo del Etíope y la súplica de la mujer cananea, en la última bóveda. En el coro, donde está instalado el órgano, se cubre con una bóveda de cañón, en la que ha pintado el señor Stolz representaciones de las virtudes cardinales, en cuatro composiciones que representan: la parábola de «Las vírgenes prudentes y necias», la parábola del

Conjunto del presbiterio.





«Padre de familias» pagando a sus operarios, el martirio de San Esteban y la predicación de San Juan Bautista.

Constructivamente se han adoptado las soluciones que, a más de reunir las condiciones de estabilidad necesarias, fueran las más económicas. Y hay que advertir, que si en los momentos actuales la escasez de hierro es un factor importantísimo a tener en cuenta, no lo es menos el ahorro de grandes masas de otros materiales. Evitar el empleo de pequeñas cantidades de hierro en la compensación de empujes de una bóveda, por ejemplo, no es econó-



Sección.



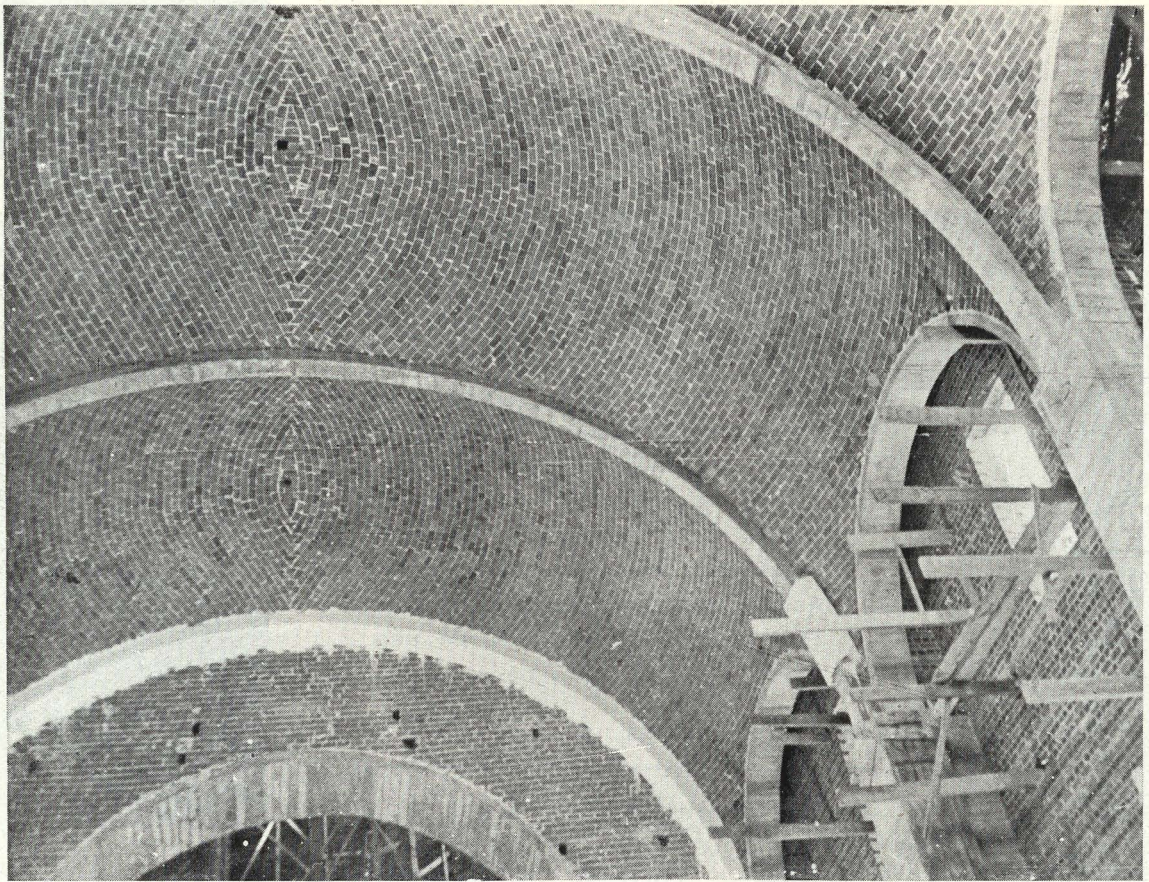
Vista del interior.

mico, pues exige tener que construir grandes contrafuertes de ladrillo, de hormigón o de piedra, cuyo coste resulta mucho más elevado.

La solución adoptada para la construcción de las bóvedas ha sido for-

Detalle del altar.





mar con cuatro arcos (dos fajones y dos formeros) de hormigón armado un recinto rectangular en planta, cubriendo este espacio con una bóveda vaída, tabicada de rasilla, que se construye con toda facilidad con una simple formaleta volante cuya situación puede ser fijada en todo momento por la longitud de un radio que parte del centro materializado de la

esfera de que forma parte la bóveda. El coste de la ejecución material de las obras, incluídos pavimentos, chapados de mármol en paramentos y pilastras, etcétera, ha sido de 1.372.862,40 pesetas, exceptuando solamente la escultura y la pintura al fresco. Y el tiempo invertido en la construcción y ornamentación, de veintitrés meses.

